

*“¡Cuánto, cuánto pensamiento extraño agitó mi cabeza!  
Nunca como entonces supe cuánto el alma es libre  
En las más amargas horas de la esclavitud. Nunca como entonces, que  
gozaba en sufrir. Sufrir es más que gozar: es verdaderamente vivir”.*

José Martí

GÉNERO ARTÍCULO:  
Padre Marciano GARCÍA OCD

JOSÉ MARTÍ, ADOLESCENTE TODAVÍA, SE encuentra preso, condenado a trabajos forzosos. Sus pensamientos, tan jóvenes, tan candorosos, se agitan en su cabeza desesperadamente. Casi sin darse cuenta ha pasado de una posición cómoda a un doloroso estado de presidiario. Sus experiencias no bastan para enfrentar el dolor que lo hiere con violencia desmedida. Las más extrañas ideas se suceden en su mente. “Cuánto pensamiento extraño agitó mi cabeza”. Ha sido lanzado al fondo de la ignominia como el peor de los malhechores. Sufre una amarga prisión. Está absolutamente desorientado. Ahora, que sus pies arrastran pesadas cadenas, ¿cómo seguir viviendo? ¿Cómo entender la vida? ¿Hacia dónde mirar? ¿Qué se puede hacer sin libertad?

Casualmente, por esas cosas impredecibles, mira hacia sí mismo y percibe en su interior una fuerza de rebeldía indomable; encuentra allí, en el fondo de su ser, otra libertad superior, la libertad del alma, la autonomía absoluta del espíritu, cuya dignidad nada ni nadie puede mancillar. Un horizonte luminoso se abre ante sus ojos asombrados. Ahora su alma descubre universos en los que reina lo absoluto, donde lo incondicional se manifiesta glorioso, y un gozo extraño de invencible poder lo embarga. Entiende ahora “que sufrir es gozar”.

Ahora sabe que sufrir es verdaderamente vivir. Es obvio que no se trata de un sufrir hueco, sin causa alguna, sin justificación plausible. Se trata de una razón tan poderosa que el sufrimiento se vuelve gozo, la muerte vida. Ahora deja de ser un adolescente soñador y romántico. En un salto vertiginoso alcanza la plenitud, locura establecida en alianza con la muerte, y realiza la dignificación del hombre que es. Este joven, ahora preso, encadenado, sabe que existe algo invencible, la libertad del alma. Ahora sabe que sufrir es realmente vivir. Ya nadie podrá apartarlo de esta suprema verdad; nada podrá detenerlo ahora que es un hombre libre en medio de la amarga esclavitud, un espíritu feliz en medio de incontables sufrimientos. La adversidad le ha revelado magníficas y extraordinarias potencialidades: la esclavitud se convierte en libertad, el sufrimiento en vida, en gozo.

Ha nacido un hombre, se ha erguido un ser invencible.

En estas circunstancias, otros enferman y mueren. ¿Es que carecían de esas potencialidades para enfrentar la adversidad y crecerse en ellas? ¿Es que existen espíritus superiores y otros que no lo son? Quizá nadie tenga una respuesta convincente para estas preguntas. Pero es posible pensar que no se trata tanto de tener o no tener poderes, como de desplegarlos o no hacerlo; de reconocerlos y usarlos o de ignorarlos y perderse. Ciertamente, tener la capacidad y usarla son dos entidades distintas y decisivas. Quiero creer que todos nacemos suficientemente provistos para desarrollar una existencia digna, sin importar las circunstancias que nos rodeen. Quiero creer que todos tenemos una alma libre en su propia esencia y que nada ni nadie puede privarla de esa cualidad innata que la acompaña.

Ya sabía Martí que el alma era libre por sí misma, pero ahora lo sabe más honradamente, más intensamente. No era ya solo una doctrina aprendida en las aulas, era una experiencia vivida a corazón desnudo. “Nunca como ahora supe”. Antes lo sabía, pero nunca como ahora sabe que el alma es infinitamente libre también en las horas de amarga esclavitud. Y cuando se es libre en esas horas, ya nunca se podrá ser esclavo, la esclavitud ha sido vencida para siempre, por más que los pies sigan encadenados. Un hombre con esta conciencia nunca deja ya de ser libre. Un espíritu así nunca deja de ser feliz, porque sufrir es verdaderamente gozar, vivir. En esa región interior se alza una dignidad inviolable, verdaderamente inmortal, que nada puede vulnerar. Quien la percibe no pierde ya la paz, su existencia se vuelve destello de luz, fuego de amor.

La significación de esta alta realización existencial lograda apunta a una visión gloriosa. El hombre es un ser invencible, inmortal. En ello radica su máxima dignidad entitativa. El cuerpo del hombre puede ser crucificado, su espíritu no, permanece siempre libre. Es esta libertad del alma la que hace palidecer a las estrellas. Este dolor infinito, propio y ajeno, es lo que hace vivir por encima de toda miseria. Quien lo experimenta toca con sus manos

lo sublime. En estas amargas horas es cuando el amor hace héroes a los hombres.

Quien no acierte a levantarse sobre la desventura y alzarse desde ella a los valores superiores del espíritu, carece de la experiencia de lo inmortal, y entonces la tierra se le vuelve pesadumbre insoportable, el cielo se le hace hostil y oscuro, ninguna estrella ilumina su noche. Pero no tiene que ser así. No existe situación alguna en la que el ser humano esté desposeído de recursos superiores para elevar su vida y hacerla libre y feliz. Quizá sea una dichosa ventura hallar esa secreta salida a la vida superior, a la experiencia de lo absoluto. Quien la halle se hace dichoso, quien se

pierda en la oscuridad de la noche del dolor desdichadamente se malogra. Es confortante saber que existe la posibilidad de trascender cualquier condición material, que está ahí el poder de erguirse como un genio poderoso sobre toda miseria. Es imposible aplastar al hombre, si él no quiere. "¡Cuánto es libre el alma!" Bendita sea esta libertad sagrada, que nadie puede tocar ni herir, que jamás está confinada en prisión alguna, sino levantada, al infinito, incluso cuando los pies están encadenados, o entonces más, si pudiera ser. Esta libertad interior es sagrada, nadie puede profanarla. Nunca hay que llorar por ella, es inmortal. Ω